

¿Para qué sirven
los pájaros?





editorial graviola

Derechos de autora:
© Sofia Carrère

Edición de texto,
diseño de cubierta y maquetación:
Daniel Franco Sánchez
Editorial Graviola

Ilustración de portada
e ilustraciones interiores:
Manuela Moreno Carvajal

Primera edición:
mayo 2026, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com
editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-128542-8-2
Depósito legal: NA 746-2026

Queda prohibido cualquier tipo de reproducción, transformación, distribución y comunicación de esta obra no autorizada por los responsables, excepto las previstas por la ley.

Ante la duda, póngase en contacto con nosotros.

¿Para qué sirven los pájaros?

Sofía Carrère

editorial graviola

ÍNDICE

<i>CHUCAO</i>	12
<i>I</i>	13
<i>II</i>	21
<i>TENCA</i>	28
<i>III</i>	29
<i>IV</i>	35
<i>TORDO</i>	50
<i>V</i>	51
<i>VI</i>	55
<i>LOICA</i>	64
<i>VII</i>	65
<i>VIII</i>	73
<i>CÓNDOR ANDINO</i>	84
<i>IX</i>	85
<i>X</i>	91
<i>LECHUZA</i>	100
<i>XI</i>	101
<i>XII</i>	109
<i>TÓRTOLA</i>	116
<i>XIII</i>	117
<i>XIV</i>	123

<i>TUÉTUÉ</i>	<i>130</i>
<i>XV</i>	<i>131</i>
<i>XVI</i>	<i>137</i>
<i>QUELTEHUE</i>	<i>144</i>
<i>XVII</i>	<i>145</i>
<i>XVIII</i>	<i>151</i>
<i>EPÍLOGO</i>	<i>155</i>

*Padre, las aves vuelan bien hoy...
Vuelan sintiéndose bien.*

Neji Hyuuga después del combate
contra Naruto Uzumaki en los exámenes de Chūnin.

(Naruto episodio 47)

Nos deseábamos desde antes de nacer.
Shakira.



CHUCAO

Chucao

(*Scelorchilus rubecula*) Pájaro pequeño y redondo, de plumaje gris y naranja. Anida en invierno. Hace hoyos en el barro, después de la lluvia, en el suelo o en las quebradas y barrancos. Abundante entre Valdivia y Chiloé. De canto muy característico: como un trino de campanas, alto y bajo, como un gorjeo de agua clara.

Se desplaza a ras de tierra, corriendo raudo y sigiloso, como una aparición. Es muy útil para viajeros: será capaz de predecir su suerte. Si al emprender rumbo por el bosque el chucao se para a tu derecha, es buen augurio. Seguramente será un viaje alegre, soleado, y que saldrá según lo previsto. Por el contrario, si el chucao saluda por la izquierda, el caminante debe reconsiderar su partida.

Anuncia inicios, abre caminos.

I

Son muy lentos los pasos que da. Apenas perceptibles cuando rozan las baldosas. Es que tiene los pies ligeros, como una bruja. Yo no creo que eso sea real, tener o no tener los pies ligeros. Hay gente que pisa, que entierra los pies en el cemento como si quisiera echar raíces, y gente que no. Depende de lo que uno quiera. Ella hubiese querido ser brisa, o un gato o una abeja que se duerme entre las flores, como en el documental de Discovery Channel. Yo siempre quise pisar fuerte, muy fuerte, y que todos escucharan mis pasos y dijeran: ahí viene ella, y así, ser de piedra, ser un tigre, un elefante, un jabalí, un árbol de cientos de años.

En resumen: mi hermana es un pajarito, mi papá un lobo de mar, mi mamá quizás un pájaro más grande, como un pelícano, y yo un león que algún día será elefante.

El colegio es muy fácil, aunque mi hermana siempre llora porque no quiere ir, y eso que es mayor que yo. Dice que es muy difícil. Mi mamá le dice que solo tiene que ir y no importa si se saca malas notas, que solo tiene que ir y se tiene que comer la comida, o va a desaparecer. Mi hermana se parece mucho a un pajarito café que siempre viene a saludar a la casa. Es un pájaro estirado con piquito largo, parece que siempre se para muy recto, como si fuera a contar una historia de terror. Viene casi todos los días y me dice que Elena es la más bonita de la casa, y tiene razón.

A veces mi hermana llora mientras come y mi mamá la mira y la espera, y yo me termino mi plato y me lo como todo. Las papas, el pollo y la ensalada de tomate. Me encanta romper las burbujas de aceite con el tenedor. Si ya terminamos de comer, menos mi hermana, yo puedo ir a ver tele, y si ese día mi hermana llora mucho, puedo ver tele mucho rato hasta que mi papá viene y la apaga y se acuesta boca arriba en el sillón.

Entonces lo veo y parece un pescado en la orilla, un pescado viscoso y yo soy una sirena a su lado, mi hermana una rama en el suelo, y mi mamá una abuela.

Mi abuela está muerta.

Una vez un niño más chico me preguntó dónde estaba mi abuela y le dije que se había ido (porque así me lo dijo mi papá), y el niño me preguntó si se había ido a Perú, porque ahí estaban sus abuelos. Le dije que sí. Por eso antes yo pensaba que todos los muertos vivían en Perú.

Elena en verdad es mi media hermana, pero no está cortada por la mitad. Aunque el otro día se rebanó el dedo tratando de abrir una lata de atún con un cuchillo y siempre tiene parche-curitas en las piernas. A veces dice que le pica todo el cuerpo, como si le fueran a salir bichos, y se rasca hasta sacarse sangre. Es mi media hermana porque no es la hija de mi papá y mi mamá sino solo de mi mamá y otro señor que antes era su marido y que ya no lo es porque ahora su marido es mi papá. Y mi hermana es mi media hermana porque salimos de la misma guata, pero tenemos distinto el primer apellido.

No me gusta decirle a la otra gente que es mi media hermana porque piensan que no somos tan hermanas. Pero Elena es mi única hermana y es la más hermana que tengo, aunque sea mi media hermana. Por eso siempre digo mi hermana, mi hermana mayor, mi hermana Elena.

—¿Por qué mi papá no es tu papá? —le pregunté a Elena una vez.

—Porque los hijos salen del sexo y la mamá hizo el sexo con dos señores —me respondió.

Eso lo anoté en mi diario de campo (el cuaderno de los biólogos) para no olvidarlo:

Si haces sexo con dos señores, tus hijas tendrán medias hermanas.

Y añadí:

Los muertos se van al cementerio, no a Perú.

El reino animal, que también es el mundo, se divide entre vertebrados e invertebrados.

Los vertebrados son los que tienen una columna vertebral, es decir, tienen huesos en la espalda. Yo antes pensaba que todos los huesos eran palitos blancos largos que tienen unas pelotitas al final, pero en verdad hay huesos de muchas formas, y los de la columna vertebral son pequeños y cortos para que se puedan doblar sin romperse.

También hay huesos muy chiquititos en los dedos y en las manos, y hay huesos delgados y curvos en las costillas. Las costillas tienen forma de armadura para proteger los pulmones y el corazón, porque cuando el corazón se apaga es cuando la gente muere. Dicen que en el corazón están los sentimientos, pero mi mamá me explicó que hay un corazón biológico, que es un múscu-

lo que late y bombea sangre, y un corazón del amor, que en realidad está en nuestro cerebro y es una forma de decir que cuando estamos muy tristes creemos que nos duele el pecho.

Hay dos corazones: el real y el del amor.

El corazón del amor está dentro del cerebro, pero se siente en el corazón real. El corazón real se apaga si morimos, el del amor no necesariamente. El corazón real se puede escuchar apoyando la cabeza en el pecho de alguien. Para que el corazón del amor suene, hay que usar palabras.

En mi diario escribo datos de biología, como los que aprendí sobre los corazones, los huesos y los muertos. Siempre trato de dibujar animales, pero me da pena porque mi hermana los dibuja mejor. A veces le pido que me ayude con un dibujo y muchas veces lo hace pero otras veces me dice “déjate de hueviar, pendeja”.

Mi papá dice que la Elena dibuja mejor porque es más grande y que en doce años más, cuando yo tenga la edad que tiene ella ahora, voy a dibujar así de bien o mejor. Yo no estoy tan segura porque el arte es un talento y yo nací con talento de bióloga aventurera y la Elena de artista pintora, según mi mamá. Soy muy buena observando y encontrando criaturas y vestigios de criaturas, como huesitos, plumas y cacas de conejo. Algunos los tomo y los pego en el diario o los guardo en frascos para coleccionarlos. A mi hermana le encanta coleccionar cosas y tiene muchas cajas con cositas guardadas y a veces me muestra alguna o me pide que le consiga una pluma o un hueso chico o un diente de leche de algún compañero de

colegio. Hay cajas que no me muestra y cuando le pido a veces me dice: “cuando seas más grande”, o “déjame tranquila, pendeja”.

Hay un misterio en la pieza de mi hermana, anoté en mi cuaderno de campo, en el que estudio todo lo que me rodea, incluida Elena y mis papás. Algún día lo descubriré.

Mi papá me enseña a veces a reconocer a los pájaros. Hay dos maneras de identificarlos: por sus plumas y por su canto. Cuando veo un pájaro y lo reconozco, espero oírlo cantar, porque al escucharlos me aseguro de que sé qué tipo de pájaro es y para qué sirve, y si no me dice, se lo puedo preguntar directamente. A veces son tímidos, pero casi siempre me cuentan algo. Siempre que escucho un pájaro cantando me esfuerzo un montón por encontrarlo y verlo con mis propios ojos, y ojalá el pájaro también me vea para que sepa que podemos conversar y ser amigos. Mi papá dice que si miro mucho a los pájaros y aprendo a encontrarlos puedo ser ornitóloga, que es una palabra difícil para decir “experta en pájaros”.

Un pajarito me contó que mi hermana está triste porque es adolescente y porque piensa que los muertos no se van directo al cementerio. Es muy tonta la Elena a veces, probablemente porque está en la edad del pavo. Los pájaros siempre me cuentan cosas, más que a la otra gente, y cuando cuento lo que el pajarito me dijo los adultos siempre dicen que soy tierna, que soy creativa, y yo no soy eso. Yo soy exploradora, que es otra cosa.

Mi hermana va a ir a la universidad, que es como el colegio de los adultos y queda en Santiago. Va a vivir en

la casa de su papá que no es mi papá y que es doctor. Los doctores también saben de biología, pero no tanto como mi papá, que es biólogo marino y sabe todo sobre los peces, las focas, las algas y los moluscos. Yo también quiero ser bióloga pero no de moluscos porque son asquerosos y no me gustan, sino de mamíferos y pájaros, que son los vertebrados más bonitos.

Una vez vivimos en Santiago, pero después vivimos en Chiloé y quizás otro día vamos a vivir en otro lugar. Un día yo voy a ir también a la universidad y voy a vivir en Santiago o en otra ciudad grande y voy a ir muchas veces al cine, todas las veces que quiera porque en Santiago hay un montón de cines con pantallas enormes y dan todas las películas muchas veces.

Mi hermana me hace siempre peinados bonitos. Me hace trenzas y me dice que si un día quiero tener el pelo corto le avise y le regale un poco de mi pelo. No quiero tener el pelo corto, me gusta el pelo largo, quiero que me crezca hasta el poto así que no le voy a dar mis trenzas a la Elena. Cuando se me cayó el primer diente de leche, me pidió que se lo diera y se lo di porque me dijo que era para coleccionarlo, y me pareció que ser parte de una colección es más valioso que el billete de mil pesos que me podía dar el ratón de los dientes. El pajarito me dijo también que por favor se lo diera. Eran dos contra mí. Mi hermana dice que mi pelo es lindo porque es negro y grueso, y que el suyo es feo porque no brilla y las puntas se le parten. Yo creo que su pelo es lindo porque es café claro, como la miel, como el pajarito y algunas cortezas y el pelaje de algunos perros y de algunos caballos. Mi mamá le dice que coma más, que por favor coma más y

que si se come todo el pescado y todas las papas el pelo se le va a poner brillante. Cuando mi mamá le dice lo que tiene que hacer, la Elena se encierra en su pieza y da un portazo.

—Me tenís enferma, mamá, ¡enferma! Déjenme tranquila, todos ustedes, por la chucha.

Entonces mi papá suspira, saca una lata del refrigerador y se fuma un cigarro mientras ve la tele. Yo espero un rato para tocarle la puerta a la Elena. Si le hablo justo después de que se grita con mi mamá, me dice que me vaya. Cuando espero un poco para tocar, la Elena me abre y me meto en su cama, me hace cariño en la espalda y me trenza el pelo muchas veces, armando y desarmando lo que amarra y me cuenta cosas sobre animales.

Por ejemplo, fue gracias a la Elena que supe que los pingüinos se casan y siguen juntos para toda la vida, y los machos cuidan los huevos. Los humanos son distintos, porque a veces hacen eso, pero también a veces se separan y se casan con otras personas y tienen otros hijos. Tengo una media hermana, que no está partida por la mitad, pero a veces me parece que su corazón del amor está un poco roto.

II

En el fondo oscuro de sus ojos vuelve a repetirse la escena del auto. Cada vez que transitaba un camino de curvas, cada vez que creía que, por algún motivo, la persona que conducía no se encontraba bien, volvía a ese momento. La ataca la imagen de la madre cuando se subió al auto y decidió avanzar sin rumbo como si buscara algo en la quebrada, en el paisaje, en el cielo completamente despejado, en el vacío. Las pupilas empequeñecidas de Elena se perdían entre las ramas secas y las piedras grafiteadas al borde del camino que pasaban veloces frente a ellas.

Aquella vez se subió al auto con miedo, desde el comienzo, porque todos los días vivía el temor de escuchar los llantos de los niños o de toparse con el señor de anteojos. Sin embargo, aquello no se compara con el miedo de ver los ojos desorbitados de una mujer que ya no sabe a dónde ir y solo avanza por la carretera hacia ningún lugar. Los autos la ponen nerviosa porque siempre espera lo peor, ya que algunos de sus peores recuerdos fueron dentro de uno. Quizás por eso ella no maneja, o quizás sea una exageración. Quizás lo de no manejar siempre fue por torpeza o desidia. Pero la primera vez que vio al señor de anteojos fue en un auto y se asustó mucho. Y aquel día, el del sol y de la animita, fue uno de los más aterradores.

Se acuerda de estar en el auto, en el asiento del copiloto, ya estaba nerviosa solo por el hecho de estar ahí. Se

abrochó bien el cinturón. A la madre le comenzaron a caer lágrimas de los ojos y gritaba.

—Tu abuela me hace la vida imposible, te lo juro... —lo decía como si le hablara a Elena pero no la miraba—. Y el huevón de Arturo no es capaz de ayudarme en nada. No tengo a nadie, ¿te das cuenta? A nadie. Y ustedes tampoco. Están solas, tan solas como yo.

El auto avanzaba por carreteras empinadas y estrechas, avanzaba como si quisiera llegar al final de algo. Entre sollozos, la madre golpeaba el manubrio, y el auto se giraba hacia la berma y luego lo volvía a enderezar. Avanzaban en zigzag, el auto se movía al ritmo del llanto.

Elena fija la vista en sus rodillas. Eran rodillas de niña, secas de piñén, peladas, con costras. Piensa que si la deja desahogarse se tranquilizará. Le duele el pecho cuando lo recuerda, le duele como le dolió esa vez cuando pensó que la madre se iba a tirar por el precipicio, cuando pensó que tendría que caminar por el costado de la carretera con su hermana —su media hermana— en brazos, tostándose al sol, siendo por primera vez —y para siempre— una niña huérfana. Sin embargo, ya han pasado años de eso, y su hermana —su media hermana— ya puede caminar por sí sola. Y si hoy la madre muriera caminarían de la mano como dos mujeres y nadie tendría que llevar a nadie en brazos. A veces ser niña da más miedo que ser adulta.

La madre no parecía percatarse, le era completamente indiferente el llanto de la hija menor. Seguían avanzando.

—Yo debería estar muerta —insistía.

Las palabras empezaron a caer de su boca como en el cuento de la princesa que escupe serpientes.



SOFÍA CARRÈRE

(Santiago de Chile, Chile, 1995)

Escritora e ilustradora. Licenciada en Letras Hispánicas, máster en Creación literaria y máster en Investigación en Arte y Diseño.

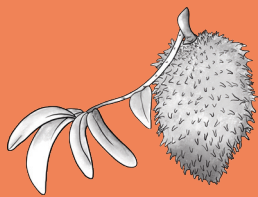
Publicó su primera novela, *Un cielo de juguete* (2021) y ha aparecido en las antologías de relato *Para quedarme aquí* (Graviola, 2024) con su relato *Mi familia no habla de Vietnam*, y en la antología *Partirse en dos* (2025).



MANUELA MORENO CARVAJAL

(Medellín, Colombia, 1994)

Le gusta perseguir casas y sembrar jardines. Arquitecta por error, dedicada a la ilustración y el diseño gráfico. En su hacer explora lo íntimo y lo simbólico entre la naturaleza y el hogar.



editorialgraviola.com